

**ELOGIO DEL TRABAJO BARATO: UN MAL
TRABAJO CON UN MAL SALARIO ES MEJOR QUE
NINGÚN TRABAJO**

Paul Krugman

[*El teórico accidental y otras noticias de la ciencia lúgubre*, Crítica, Barcelona 1999]

Durante muchos años un enorme vertedero de basuras en Manila, conocido como la «montaña humeante», fue el símbolo predilecto, en los medios de comunicación, de la pobreza del tercer mundo. Varios miles de hombres, mujeres y niños vivían en ese vertedero; soportando el hedor, las moscas y los residuos tóxicos, para ganarse la vida buscando minuciosamente entre la basura, para encontrar desechos de metal y otros elementos reciclables. Y vivían allí voluntariamente, porque los diez dólares más o menos que una familia de ocupantes podía sacarse en un día era mejor que cualquier otra alternativa.

Actualmente, aquellos ocupantes se han ido, expulsados a la fuerza por la policía filipina en 1996, como medida cosmética antes de una cumbre del Pacific Rim. Pero he estado pensando recientemente en la «montaña humeante», después de leer el último lote de mi odiado correo.

La ocasión se presentó a raíz de un escrito de opinión que había preparado para el *New York Times* («Nosotros no somos el mundo»), en el que señalaba que, aunque los salarios y las condiciones de trabajo en las nuevas industrias de exportación del tercer mundo son detestables, representan una gran mejora respecto de su «anterior y menos visible pobreza rural». Supongo que tendría que haber esperado que este comentario generara cartas en la línea de: «Bueno, si pierde su cómoda posición como profesor norteamericano, siempre puede encontrar otro empleo; mientras tenga doce años y esté dispuesto a trabajar por dos dólares al día».

Tal escándalo moral es común entre los que se oponen a la globalización: de la transferencia de tecnología y de capital de los países con salarios altos a los países con salarios bajos, con el consiguiente incremento de las exportaciones de productos, intensivos en trabajo, del tercer mundo. Estos críticos dan por supuesto que cualquiera que hable bien de este proceso es un ingenuo o un corrupto, y que, en cualquier caso, es de hecho un agente del capital global opresor de los trabajadores, aquí y en el extranjero.

Pero las cosas no son tan sencillas, y las líneas morales no son tan claras. De hecho, permítaseme responder a este tipo de acusaciones: el elevado tono moral de los que se

oponen a la globalización es posible sólo porque han elegido no considerar su posición con la mayor seriedad. Aunque los potentados capitalistas puedan beneficiarse con la globalización, los mayores beneficiarios son, insisto en ello, los trabajadores del tercer mundo.

Después de todo, la pobreza global no es algo que se haya inventado recientemente para beneficio de las empresas multinacionales. Retrasemos el reloj del tercer mundo para volver a lo que era hace sólo dos décadas (y lo que es todavía en muchos países). En aquellos días, aunque el rápido crecimiento económico de un puñado de pequeñas naciones asiáticas hubiera empezado a atraer la atención, países en vías de desarrollo como Indonesia o Bangladesh eran todavía principalmente lo que han sido siempre: exportadores de materias primas e importadores de productos manufacturados. Sectores manufactureros ineficientes abastecían sus mercados interiores, protegidos por cuotas de importación, pero generaban pocos puestos de trabajo. Entretanto, la presión de la población impulsó a los campesinos desesperados al cultivo de la tierra aún más marginal o a buscarse la vida por cualquier vía posible; tal como vivir en una montaña de basura.

Dada esta carencia de oportunidades, uno podría contratar trabajadores en Yakarta o Manila por una miseria. Pero a mediados de los setenta, el trabajo barato no bastaba para permitir a un país en vías de desarrollo competir en los mercados mundiales de bienes manufacturados. Las sólidas ventajas de las naciones desarrolladas -su infraestructura y conocimientos técnicos, la mucho mayor dimensión de sus mercados y su proximidad a los proveedores de componentes clave, su estabilidad política y las adaptaciones sociales, sutiles pero decisivas, que son necesarias para hacer funcionar una economía eficiente- parecían influir más que una disparidad incluso diez o veinte veces mayor en la escala salarial.

Y entonces algo cambió. Algunas combinaciones de factores que todavía no comprendemos del todo -disminución de las barreras arancelarias, mejores telecomunicaciones, transporte aéreo más barato- redujeron las desventajas de la producción en los países en vías de desarrollo. (Si lo demás no varía, todavía es mejor producir en el primer mundo; son bastante comunes las historias de empresas que trasladan la producción a México o a Asia oriental, y luego la vuelven a trasladar al primer mundo, después de experimentar las desventajas del entorno del tercer mundo.) En un número sustancial de industrias, los salarios bajos permitieron a los países en vías de desarrollo introducirse en los mercados mundiales. Y, así, los países que anteriormente se habían ganado la

vida vendiendo yute o café comenzaron a producir, en su lugar, camisas y calzado deportivo.

A los trabajadores de aquellas fábricas de camisas y calzado deportivo, inevitablemente, se les paga muy poco y es de esperar que tengan que soportar unas condiciones de trabajo terribles. Digo «inevitablemente», porque los empresarios no se dedican al negocio por su bien (o por el de sus trabajadores); pagan tan poco como pueden, y ese mínimo viene determinado por las otras oportunidades disponibles para los trabajadores. Y estos son todavía países extremadamente pobres, en los que vivir en un montón de basura es atractivo si se compara con las alternativas.

Y, sin embargo, dondequiera que han crecido las nuevas industrias de exportación, se ha producido una mejora apreciable en la vida de la gente común. En parte, esto es así porque una industria en crecimiento tiene que ofrecer un salario algo más elevado que el que los trabajadores pueden obtener en cualquier otra parte, a fin de que decidan desplazarse de una a otra ocupación. Sin embargo, y ello es más importante, el crecimiento del sector manufacturero -y de la posibilidad de otros empleos que crea el sector de nuevas exportaciones- tiene un efecto que se transmite a través de toda la economía: la presión sobre la tierra se hace menos intensa, de modo que los salarios rurales aumentan; la reserva de habitantes urbanos desocupados, siempre angustiados en busca de trabajo, desciende, de manera que las fábricas comienzan a competir entre sí por los trabajadores, y los salarios urbanos también empiezan a subir. Donde el proceso ha continuado durante el tiempo suficiente -digamos, en Corea del Sur o Taiwan-, los salarios medios comienzan a aproximarse a lo que puede ganar un joven norteamericano en McDonald's. Y, con el tiempo, la gente ya no quiere vivir en vertederos de basura. (La «montaña humeante» continuó existiendo porque Filipinas, hasta hace poco, no participaba en el crecimiento de sus vecinos, basado en las exportaciones. Los empleos mejor pagados que el de basurero son todavía poco numerosos.)

Los beneficios que proporciona el crecimiento económico basado en las exportaciones a la masa de población de las economías de nueva industrialización, no es una cuestión hipotética. Un país como Indonesia es todavía tan pobre que el progreso puede evaluarse en términos de dieta alimenticia; desde 1970, el consumo de alimentos per cápita ha aumentado desde menos de 2.100 a más de 2.800 calorías diarias. Un escandaloso tercio de los niños de corta edad están todavía mal alimentados; pero, en 1975, la fracción era mayor de la mitad. Pueden verse mejoras semejantes en todo el Pacific Rim, e

incluso en lugares como Bangladesh. Estas mejoras no se han producido porque gente bienintencionada de Occidente haya hecho algo por ayudar a aquellas regiones: la ayuda exterior, que nunca es muy grande, ha disminuido últimamente a un nivel prácticamente nulo. Ni es resultado de las políticas benevolentes de los gobiernos nacionales, que son tan insensibles y corruptos como siempre. Es el resultado indirecto e involuntario de las acciones de multinacionales desalmadas y empresarios locales rapaces, cuyo único interés era aprovechar las oportunidades de beneficio ofrecidas por la mano de obra barata. No es un espectáculo edificante; pero no importa cuál sea la base de los motivos de cuantos están implicados en el proceso: el resultado ha consistido en desplazar a centenares de millones de personas, desde la mayor miseria hasta algo todavía terrible, pero, no obstante, significativamente mejor.

¿Por qué el escándalo de mis corresponsales? ¿Por qué la imagen de un indonesio cosiendo calzado deportivo por sesenta centavos por hora evoca más indignación que la imagen de otro indonesio que gana el equivalente de treinta centavos por hora, intentando alimentar a su familia en una diminuta parcela de tierra, o de un filipino buscando en un montón de basura?

La principal respuesta, creo yo, es una especie de meticulosa exigencia. A diferencia del agricultor que subsiste a un nivel famélico, las mujeres y los niños de la fábrica de calzado deportivo están trabajando por unos salarios de esclavo *en nuestro beneficio*, y esto nos hace sentirnos deshonestos. Y así se producen demandas farisaicas en favor de estándares de trabajo internacionales: no tendríamos, insisten los adversarios de la globalización, que estar dispuestos a comprar aquellas zapatillas de deporte y aquellas camisas, a menos que los trabajadores que las hacen recibieran unos salarios decentes y trabajaran en condiciones decentes.

Esto suena bastante bien; ¿sí o no? Pensemos en las consecuencias.

Ante todo, aunque pudiéramos asegurar a los trabajadores de las industrias de exportación del tercer mundo unos salarios más altos y unas mejores condiciones de trabajo, esto no haría nada por los campesinos, los jornaleros, basureros y tantos otros, que constituyen la mayor parte de las poblaciones de estos países. En el mejor de los casos, forzar a los países en vías de desarrollo a adherirse a nuestros estándares laborales crearía una aristocracia privilegiada del trabajo, sin mejorar la situación de la mayoría empobrecida.

Y ni siquiera podría hacer eso. Las ventajas de las industrias establecidas del primer mundo

son todavía formidables. La única razón de que los países en vías de desarrollo hayan podido competir con aquellas industrias es su capacidad de ofrecer mano de obra barata a los empresarios. Negadles esa capacidad, y podríais negarles la esperanza de proseguir el crecimiento industrial, e incluso invertir el crecimiento que han conseguido. Y puesto que el crecimiento orientado a las exportaciones, con toda su injusticia, ha representado un beneficio enorme para los trabajadores de aquellas naciones, cualquier cosa que restrinja ese crecimiento es muy contrario a sus intereses. Una política de buenos empleos, en el terreno de los principios, pero sin empleos en el de la práctica, podría aliviar nuestras conciencias, pero no haría ningún favor a sus supuestos beneficiarios.

Uno puede decir que los desdichados de la tierra no han de ser obligados a servir como cortadores de madera, aguadores y cosedores de calzado deportivo para los que viven en la opulencia. Pero ¿cuál es la alternativa? ¿Hay que ofrecerles la ayuda exterior? Puede que sí; aunque los antecedentes históricos de regiones

como el sur de Italia sugieren que tal ayuda tiene tendencia a fomentar una dependencia perpetua. De cualquier forma, no existe la menor esperanza de poder materializar una ayuda significativa. ¿Tienen sus propios gobiernos que proporcionar un mayor nivel de justicia social? Por supuesto, pero no querrán o, por lo menos, no porque se lo digamos. Y mientras no se tenga ninguna alternativa realista a la industrialización basada en los salarios bajos, oponerse significa que uno está dispuesto a negar a la población desesperadamente pobre la mejor oportunidad de progreso que tiene en atención a lo que equivale a un patrón estético; esto es, el hecho de que a uno no le gusta la idea de que unos trabajadores que cobran una miseria suministren artículos de moda a los ricos de Occidente.

En resumen, mis corresponsales no tienen derecho a su fariseísmo. No han analizado el asunto de la mejor forma. Y cuando las esperanzas de cientos de millones están en juego, pensar bien las cosas no es sólo una buena práctica intelectual. Es un deber moral.